



LOS AMANTES DE TERUEL

Drama lírico en 4 actos precedidos de un prólogo

LETRA Y MÚSICA

DE

D. TOMÁS BRETON

PRECIO 10 CENTIMOS

GRACIA

IMPRESA GRACIENSE. STO. DOMINGO, 9.

1889

T. 827585

F. 5612. F. 59

R. 138796

CB. 3612416

ARGUMENTO

PRÓLOGO

La escena representa el castillo de D. Pedro de Segura.

Escena I.—Al levantarse el telón se perciben los sonidos lejanos de las trompas de los monteros de Teruel. Oyense estos sonidos cada vez con más fuerza, y entran en escena por el portillo los leales servidores de D. Pedro. Inquieren quienes son los que allí se dirigen, y comunican la nueva á su señor, que ordena se les reciba y acoja como merecen. Se presentan los de Teruel con todos los utensilios y efectos que para la caza se usaban en el siglo XIII.

Escena II.—Después de la fraternal acogida dispensada á los monteros de Teruel, estos y los soldados de D. Pedro de Segura celebran la caza y la guerra y hacen votos por la prosperidad de su patria, Aragón. D. Pedro de Segura se presenta, y los monteros se apresuran á saludarle.

Escena III.—D. Pedro de Segura, enterado de que los recién llegados son servidores de D. Rodrigo, les ofrece franca hospitalidad. Ponderan los Monteros el gran valimiento de su señor, y D. Pedro hace grandes

esfuerzos para disimular la envidia que siente por don Rodrigo.

Anuncian las trompetas la llegada de D. Rodrigo, y todos se disponen á darle la bienvenida. D. Pedro acude el primero á saludarle, y se manifiestan ambos cumplidos caballeros.

Escena IV.—D. Rodrigo pide á D. Pedro que mande retirar á sus soldados, y cumpliendo éstos y los monteros las órdenes de los caballeros, se retiran sumisos y obedientes.

Escena V.—Una vez sin testigos, D. Rodrigo descubre á D. Pedro el amor vehemente que le inspira su hija Isabel, y pide su mano.

Aunque ella había ya dado palabra de casamiento á D. Diego de Marsilla, galán en aquel entonces sin títulos honores ni riquezas, seduce á D. Pedro la petición de D. Rodrigo, porque el casamiento puede favorecer sus ambiciosos planes. Ofrece hacer por él cuanto pueda, previniéndole sin embargo, que no violentará jamás las inclinaciones de su hija. D. Rodrigo, consejero del rey, ofrece por su parte conseguir que desaparezca la antipatía que tiene D. Pedro en palacio, y para ratificar sus mútuos ofrecimientos se dan la mano.

Escena VI.— Se presenta Isabel triste y pensativa; ordena que se retiren las dos damas que con ella han entrado. Estas obedecen, é Isabel deplora la venida de D. Rodrigo.

De pronto cambia su tristeza en alegría la voz de D. Diego, que canta.

Es mi amor de tal manera,
que si pierde la esperanza,
morirá mi triste cuerpo;
pero siempre amaré el alma.

Escena VII.—Diego Marsilla corre alborozado hácia Isabel, y se juran ambos amor eterno. Manifiesta él sus temores de que se oponga á su felicidad D. Pedro. Decide salir de dudas, ella eleva sus oraciones al cielo, para que Dios proteja sus amores.

Escena VIII.—D. Pedro y D. Rodrigo se presentan con los suyos; ambos manifiestan su descontento por haber sorprendido á Isabel con su amante. D. Pedro increpa á Marsilla y D. Rodrigo le reta en desafío. Contesta Diego Marsilla que está dispuesto á todo por su Isabel, y desenvainan seguidamente los aceros los dos rivales. Disponíanse á sangriento combate, cuando detiene sus pasos el toque de oración. Sobre cogidos de terror, se arrodillan todos. Interrumpe el silencio la voz de D. Pedro: «En hora tan solemne no permita Dios que se vierta sangre.» Ordena que don Rodrigo y Marsilla envainen sus espadas, y dice á este:

D. Diego: jóven sois, noble y valiente
pero el destino fiero
la riqueza os negó.

A España
aún deshonra cruel la media luna;

el árabe altanero
provoca nuestra saña,
y á probar nos invita la fortuna.
¡Corred! ¡Volad ansioso
la fortuna á adquirir!

.....
Durante cinco años
os aguarda Isabel.

Si tornaseis,
por esposa á entregáros la me obligo.
Si faltaseis,
será de D. Rodrigo.

Tales palabras producen gran descontento entre los servidores de D. Rodrigo. Este las acepta proponiéndose apelar á medios extremos para obtener la mano de Isabel. Esta se despide de su Diego, diciéndole:

tuya ó de Dios, lo juro,
Será solo Isabel.

Esta escena termina cayendo Isabel desvanecida en brazos de sus damas.

ACTO PRIMERO

Gran salón del palacio árabe del Emir de Valencia.

Escena I.—Aparecen varios moros empuñando sendos alfanjes; luego el Emir y Diego Marsilla; despues Zulima.

Sofocada una espantosa rebelión, ha caido prisio-

nero Mervan, que la acaudillaba.

Se debe este gran triunfo á Diego Marsilla. El Emir que reconoce haberle salvado vida y trono, le da las gracias. Los moros dan vitores al Emir.

Zulima, presa de amor por Diego, le exige una entrevista.

Escena II.—Un moro anuncia al Emir que D. Rodrigo, que viene de Aragón, pide audiencia para canjear prisioneros. Manifiesta Diego su sorpresa y su disgusto al oír el nombre de su rival.

Contesta el Emir que cuando hayan recibido los traidores el castigo que merecen, concederá la audiencia al enviado.

Escena III.—Se presenta Adel. Anuncia á las odaliscas que ha cesado la alarma y que pueden ya entregarse al solaz. Las cuenta que ausente el Emir de la ciudad, el traidor Merván intentó darle muerte para apoderarse del trono; pero que Diego Marsilla, esclavo valeroso, exponiendo su vida salvó la del Emir.

Escena IV.—Intorrumpe Adel su relación á la llegada de Zulima, que ordena á las odaliscas que se retiren. Adel, que ha descubierto ya el amor de Zulima á Diego Marsilla, se retira tambien pero queda alerta para espiar sus pasos.

Escena V.—Manifiesta la sultana Zulima los furiosos celos que la devoran, porque Diego la ha revelado el ardiente amor que profesa á Isabel. Pide á Alá que proteja sus amores.

Escena VI.—Loca de amor Zulima, recuerda á Diego cuanto ha hecho por él en su cautiverio, le ofrece cuanto posee y le propone la fuga de los dos. Diego rechaza amor y riquezas de Zulima, y añade que Isabel es y será la única dueña de su corazón, y va á cumplir el plazo señalado y que debe partir cuanto antes. Zulima insiste en sus pretenciones; acude primero á las súplicas y luego á las amenazas, y hasta llega á maldecir á Dios y á Isabel.

Escena VII.—Adel está espiando á Zulima, que, depuesta su arrogancia, dice humilde á Diego:

En Valencia soy sultana,
en Teruel seré cautiva;
pero que á tu lado viva,
¡que siempre te pueda ver!

De Isabel seré la esclava;
más permite á esta infelice
que te adore.

Diego contesta que no puede corresponderle y que le olvide para siempre. Zulima, furiosa y despechada, grita: «¡Desgraciado!» y se retira apresuradamente.

Escena VIII.—Al poco rato un moro anuncia á Diego que Zulima ordena que se detenga, é introduce á D. Rodrigo.

Los dos rivales se manifiestan todo el rencor que se profesan, y Zulima se complace en su obra. Dice á Diego que D. Rodrigo sabe que Isabel ha muerto;

pero éste lo desmiente y añade que él la ama y que será suya.

Zulima suplica nuevamente á Marsilla que acepte su amor, y éste desaira otra vez sus ofrecimientos.

Escena IX.—«¡Venganza! ¡venganza!», grita Zulima, y D. Rodrigo se brinda á proporcionársela, si D. Pedro no le concede su hija. Ofrece entregarla pruebas patentes de la alta traición del padre de Isabel. Zulima dice á D. Rodrigo que vaya cuanto antes á Teruel, que ella se encarga de que Marsilla no llegue á tiempo.

Escena X.—Anuncia Adel que el Emir vá á conceder audiencia á D. Rodrigo. Mira atentamente á Zulima, y dice que ya sabe el Emir su desleal proceder. Se presenta el regio cortejo.

Escena XI.—D. Rodrigo manifiesta el objeto de su embajada y felicita al Emir por haber triunfado aquel día de tan tremenda rebelión. El Emir agradece los plácemes y declara que será eterno su agradecimiento al cristiano que le ha salvado la vida y trono. Ordena que se presente Diego Marsilla.

Escena XII.—El Emir otorga á Diego su libertad, y manda que le colmen de riquezas y que Merván y los suyos expien en el cadalso su traición.

Dirigiéndose á Zulima, la dice,

Y tú, mujer aleve,
consorte desleal,
en una estrecha cárcel

la vida pasarás,
Marsilla, conmovido, renunciando dones y mercedes del Emir, pide y obtiene el perdón para Zulima.

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Salón de la casa de D. Pedro de Segura en Teruel.

Escena I.—D. Pedro suplica á su hija que acepte por esposo á D. Rodrigo, que de otro modo podría vengarse presentando al rey las pruebas que posee. Isabel recuerda á su padre que faltan algunas horas para que venza el plazo concedido á Diego Marsilla.

Escena II.—Rendida Isabel por el temor de que haya muerto Diego, sale de su abatimiento al oír una voz que entona:

Es mi amor de tal manera,
que si pierde la esperanza,
morirá mi triste cuerpo;
pero siempre amará el alma.

Descubre que es un jóven el que canta. Llama á sus doncellas que acuden presurosas.

Escenas III y IV.—Las dice que supliquen al jóven que se presente, que aquel acento resuena mortal en su corazón.

Escena V.—Se presenta Zulima vestida de caballero aragonés. Las doncellas se retiran á una señal de su dueña.

Interrogada Zulima, contesta que había oído aquella canción á un caballero llamado D. Diego Marsilla y forja la siguiente historia:

D. Diego, desde Teruel, partió á Castilla; en las Navas de Tolosa adquirió gran renombre y cuantiosas riquezas; cayó prisionero en Francia; fugitivo, huyó á Tierra Santa, donde le legó su fortuna un cruzado poderoso; dirigiéndose ya satisfecho á Teruel, en aguas de Valencia apresó su nave, nave enemiga; allí la sultana Zulima se enamoró de Marsilla, fué sorprendido por el Emir en brazos de la sultana y fueron los dos condenados á muerte.

Isabel cae como herida por un rayo; Zulima la contempla con satánica fruición, y satisfecha huye precipitadamente.

Escena VI.—D. Pedro y las doncellas de Isabel acuden á auxiliarla.

A poco se presenta D. Rodrigo, y ella al verle, exclama: «Consúmase el sacrificio.»

Escena VIII.—D. Pedro, vencido el plazo, concede á D. Rodrigo la mano de Isabel. Ella, triste y abatida, acepta el sacrificio, y la comitiva se dirige al templo.

CUADRO SEGUNDO.

Bosque en terreno montañoso; una ermita
à lo lejos.

Escena I.—Aparece Marsilla atado fuertemente á

un árbol. Al verse en tal situación, considerando que el plazo va á espirar, maldice su estrella, invoca á Satanás y pide desesperado que le devoren las fieras.

Escena II.—Zulima aparece en lo más alto de la montaña, en el momento en que oye Diego que el sonido lejano de las campanas anuncian que ha llegado la hora fatal, que ya no queda esperanza alguna. Desciende Zulima y anuncia á Diego que Isabel se ha casado con D. Rodrigo.

Añade Zulima que el haberle atado al árbol es obra suya, despues de lo cual se aleja.

Escena III.—La desesperación de Diego no tiene límites. Pide á Dios que se apiade de su espantosa desgracia.

Escena IV.—Antiguos amigos de D. Diego, que han salido en su busca, acuden presurosos á desatarle. Averigua éste que es realmente cierta su desgracia; que Isabel se ha casado con D. Rodrigo. Jura vengarse, y los suyos ofrecen secundar sus planes.

ACTO TERCERO.

Es de noche. La escena representa las habitaciones de Isabel en casa de su esposo D. Rodrigo.

Escena I.—Al levantarse el telón, la escena está desierta. Diego que acaba de matar á D. Rodrigo, aparece demudado y descompuesto. Convencido de que ha de morir tambien, quiere antes despedirse de su Isabel.

Escena II.—Aparece Isabel, al ver á Diego, que supone muerto, cree que lo que tiene delante de sus ojos es un fantasma.

Logra convencerla Diego del diabólico engaño de Zulima; refiere la funesta pasión de la sultana. Isabel, en un transporte de delirante amor, va á abrazarle; pero la detienen sus deberes de esposa. Manifiesta Diego todo su amor á Isabel; la recuerda sus juramentos; ella cae de hinojos y le suplica que, ya que fué perjura, que sea con ella inexorable y que la quite la vida.

Diego, aun esperanzado, entiende que son aquellos extremos ardiente manifestación de amor, y la levanta más enamorado que nunca. Ella exclama:

—Si me amas aún, obedéceme: ¡parte enseguida!

—Deja antes que por última vez te estreche entre mis brazos.

—¡Imposible!

—¡Será! ¡Yo te lo exijo!

Isabel sobresaltada, le amenaza con llamar á don Rodrigo.

Contesta Diego que D. Rodrigo ya no oirá sus voces, porque él le ha dado muerte.

Isabel manifiesta su desesperación, rechaza nuevas súplicas de Diego y le dice:

—¡Te aborrezco!

Queda Diego inmóvil; lleva su mano al corazón abrasado por tósigo de muerte.

Escena III.—Aparece D. Pedro, que, al encontrar allí á Diego Marsilla, cree desleal á Isabel. Protesta ella de su inocencia y pide á su padre el perdón para Marsilla, que alza los ojos al cielo porque se siente morir. Isabel intenta auxiliarle, pero lo impide don Pedro.

Marsilla, haciendo supremos esfuerzos para no morir delante de Isabel y de su padre, se despide diciéndoles:

—¡Diego os perdone!

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Plaza de S. Pedro en Teruel

A la izquierda, la iglesia; casas al fondo.

Escena I.—Gente del pueblo pregunta á los monaguillos, que acaban de salir de la iglesia, á que hora se verifica el entierro de D. Diego Marsilla. Contestan que al toque de oración irán á buscarle para conducirlo á la iglesia.

Preguntan además á los monaguillos si es cierto que en los amores de Diego á Isabel anduvo el diablo, y contestan que indudablemente fué Lucifer quien ató á D. Diego al árbol para que no pudiera presentarse antes de terminar el plazo que señaló D. Pedro. Los monaguillos continúan la desdichada historia de los amores de Diego é Isabel. Los villanos cada cual

á su modo, comentan el relato de los monaguillos.

Atraviesan el fondo dos hombres que conducen los tesoros que concedió á Diego el Emir de Valencia.

Los villanos y villanas se conmueven del desdichado mozo, y los monaguillos, á la vista de aquellas riquezas, esperan que el entierro sea de precio y muchas las misas.

Aparecen en el fondo innumerables plañideras, que van en busca del muerto.

Al toque de oración todos se descubren. Después las mismas campanas tocan á muerto. Sale de la iglesia el clero parroquial que ha de acompañar á Diego Marsilla. Todos se retiran, y aparece Isabel, que, enlutada, y con paso grave, se dirige á la iglesia.

CUADRO SEGUNDO

Interior de la iglesia de S. Pedro

Al compás de una marcha fúnebre, entra el cortejo. Depositado el cadáver en el túmulo, Isabel muéstrase absorta á aterrorizada.

Entonan los sacerdotes las exequias por el alma del difunto, y el pueblo reza también, pidiendo el descanso eterno para el desventurado Diego Marsilla.

Aumenta la desesperación de Isabel, que exclama:

—Aquí está él: yo vivo todavía. Diego me llama; quiero volar á su lado, y Dios no oye mis súplicas.

Canta el clero el *ego sum resurrectio*, y entonces Isabel, en arrebatado éxtasis, exclama:

—¡Veo á Marsilla, sí! ¡Le contemplo allá en el cielo!
Continúa el canto religioso; cada nota que vibra en el espacio, exalta más y más la imaginación delirante de Isabel, que hasta llega á ver al que en el mundo fué todo para ella, ostentando en el cielo inmortal corona.

Por fin, avanzando hácia el túmulo con paso resuelto y abrazando al cadáver, dice:

—¿Un beso me pediste? ¡Toma, mi bien!
Besa el rostro de Diego y cae muerta.
Corre D. Pedro hácia su hija, pero ya es tarde.
Conmovidos y consternados, piden todos al cielo que acoja piadoso á los dos amantes que
 él primero y despues ella,
ambos murieron de amor.

FIN.